

Jean Madiran: LA VIEILLESSE DU MONDE
(Essai sur le communisme) (*)

La gran preocupación de un considerable número de juristas, pensadores, sociólogos y teólogos contemporáneos la constituye el estudio a fondo de los predicados marxistas. Se podría, por consiguiente, afirmar que, a pesar de la copiosa bibliografía que el tema ha originado en todas las latitudes geográficas, los conocimientos hasta ahora existentes del movimiento marxista son, en rigor, superficiales. No existe, como el autor de este libro nos advierte, una interpretación ecuménica, profunda y objetiva del evangelio comunista. Por otra parte, los denodados esfuerzos consagrados al análisis de los supuestos ideológicos de la doctrina comunista nos conducen a una estéril y triste situación, a saber: que el comunismo, quiérase o no, representa el crepúsculo de nuestra civilización. Crepúsculo, según Jean Madiran, que afecta al mundo entero.

La rabiosa actualidad de las páginas que comentamos es evidente. Los tres extensos ensayos que integran este libro —*La técnica de la esclavitud*, *El cadáver del comunismo* y *La práctica de la dialéctica*— han sido escritos en su totalidad con posterioridad a 1960. Quiere decir esto que, efectivamente, los juicios críticos que se insertan en el mismo son el claro exponente de cómo se presenta al hombre actual del movimiento comunista. El dato de la fecha de publicación de estos sugestivos ensayos es importantísima y, a nuestro parecer, la razón es obvia: la única cualidad realmente excepcional del marxismo estriba en la aparente facilidad con la que se adapta a la evolución natural del tiempo, y, consiguientemente, al inexorable fenómeno del sucederse de las generaciones. Por lo tanto, cualquiera de las obras divulgadas en la época de Lenin, Stalin o, más próximo a nosotros de Krushchev nos revelan, necesariamente, matices distintos de un mismo tema. Nada de extraño tiene que para el autor de las páginas que comentamos todas las perspectivas —económicas, filosóficas, jurídicas, políticas, sociológicas y religiosas— sean de gran utilidad a la hora de intentar comprender y valorar la praxis comunista.

Se esfuerza Jean Madiran en el primero de los ensayos insertados en su libro —*La técnica de la esclavitud*— por demostrar

(*) Nouvelles Editions Latines, París, 1966, 236 páginas.

que ninguno de los dos postulados fundamentales del programa socio-político de Marx se han cumplido. Por consiguiente, el hombre inmiscuido en el movimiento comunista sigue siendo, quizás más que nunca, un hombre alienado en su intimidad y en su propio trabajo. Ciertamente, nos dice el autor, los altos dirigentes soviéticos han cuidado celosamente el mito de la "libertad". En la práctica, sin embargo, e incluso en las leyes, la libertad de palabra, la libertad de prensa, la libertad de reunión y asociación y, sobre todo, la libertad de manifestación pública del pensamiento está condicionada a los intereses del Partido. El Partido, por supuesto, controla con plena eficacia cualquier acción que pueda perjudicar la intangibilidad de alguno de esos intereses, exigiendo una obediencia incondicional. Se explica generalmente —dice Madiran— por la "mística", por la "ideología", el monolitismo, la disciplina unitaria y totalitaria del marxismo, siendo así que dimanen directamente de una *técnica sociológica*, que por ser una *técnica clandestina*, pasa inadvertida a quienes la observan desde fuera o superficialmente. Hay, pues, motivos más que suficientes para pensar que —subraya Jean Mediran— el concepto de la "dignidad humana" sigue ausente de las habituales conclusiones de los Congresos Comunistas.

Según resulta de la propaganda marxista, los máximos responsables del comunismo internacional están empeñados en la tarea de construir una nueva sociología basada en la igualdad económica de los hombres. Sin embargo, en el régimen comunista, el trabajador es esclavo de una colectividad, la casta dirigente del Partido, y más aún del sistema sociológico del cual, en definitiva, esa misma casta es el instrumento y la víctima. La esclavitud es anónima y universal, sin salida. Es materialmente menos penoso, o más agradable, para los miembros del Partido: sin embargo, es de observar que quienes componen la casta dirigente no son *personalmente* unos autócratas que gozan del poder, de la libertad y del arbitrio de los potentados clásicos. Es la colectividad constituida por el Partido la que es el autócrata. El principio es el de la "dirección colectiva" del "círculo dirigente". En este sistema puede emerger un "número uno", como fue Stalin: por definición no pueden existir dos a la vez, y, bajo Stalin, los más altos dirigentes del Partido eran también esclavos en todos los aspectos, incluida la inseguridad de conservar la cabeza el día siguiente. "Espantoso instrumento de dominación de la sociedad, el Partido es también una espantosa máquina de devorar los hombres que la componen."

Para Jean Madiran —*El cadáver del comunismo*— las conclusiones del XXII Congreso del Partido Comunista constituyen un dato muy elocuente de la profunda crisis interna que en nuestro tiempo sufre el movimiento comunista. Crisis originada, en parte, por la escasa veracidad de los puntos ideológicos debatidos y, además, porque ya se han agotado todas las posibilidades que ofrecía el arma eficaz de la publicidad inexacta, embaucadora y falaz utilizada, sin remordimiento alguno, por los altos dirigentes del comunismo soviético, que, naturalmente, no han conseguido otra cosa que engañarse a sí mismos. Teniendo esto en cuenta, nos dice el autor de estas páginas, podríamos preguntarnos si, verdaderamente, el movimiento comunista contemporáneo tiene una ideología definida, esto es, una argumentación doctrinal de cierta consistencia. Se ha pretendido, como es bien sabido, sustituir la argumentación clásica del marxismo-leninismo por los supuestos de un posible humanismo inspirado directamente por Marx. Estas pretensiones de los militantes más devotos del comunismo vienen a subrayar, una vez más, que, en efecto, la ideología comunista ha entrado en su dramática agonía final.

La práctica de la dialéctica, nos dice Jean Madiran, ha impedido a grandes cerebros la realización del estudio sereno y adecuado de la esencia filosófico-política del comunismo. En teoría, el marxismo soviético, en cualquiera de las cristalizaciones político-sociales con que suele presentarse, ofrece unos objetivos que, innecesario es insistir en esta cuestión, luego incumple en la realidad. Efectivamente, en la dialéctica comunista aflora todo género de contradicciones: contradicciones en la ideología, contradicciones en los objetivos a conseguir y contradicciones en los argumentos con los que se defiende cualquier tesis político-social comunista. Pero estas contradicciones forman parte del propio sistema y del método en el cual ponen su pasión y su voluntad, para el cumplimiento de cada uno de los objetivos, todos los militantes del comunismo soviético, sean de alta o modesta graduación.

En su sentido clásico, más general, la *dialéctica* era el arte de discutir y, más precisamente, de buscar la verdad descubriendo las contradicciones contenidas en el razonamiento del adversario y remontándolas. En su significado hegeliano, la dialéctica se plantea entre la Idea y las cosas, resolviéndose en la Historia. Y en la versión marxista, como ha dicho Lenin, “la dialéctica es el estudio de la contradicción en la esencia misma de las cosas”.

La ortodoxia del Partido comunista explica que conforme el método dialéctico “los fenómenos de la naturaleza están eterna-

mente en movimiento y son cambiantes, y el desarrollo de las contradicciones de la naturaleza es el resultado de la acción recíproca de las fuerzas contrarias de la naturaleza", "... el método dialéctico considera que el proceso de desarrollo de lo inferior a lo superior no se efectúa en el plano de una evolución armoniosa de los fenómenos, sino en el de la puesta al día de las contradicciones inherentes a los objetos, a los fenómenos, en el plano de una "lucha" de tendencias contrarias que actúan sobre la base de estas contradicciones".

Por consiguiente, "el mundo se mueve y se desarrolla perpetuamente; la desaparición de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo son una ley de desarrollo, por lo cual no hay regímenes sociales «inmutables», ni «principios eternos» de propiedad privada y de explotación. Y, puesto que el desarrollo tiene lugar por la puesta al día de las contradicciones internas, por el conflicto de fuerzas contrarias sobre la base de estas contradicciones", "la lucha de clases del proletariado es un fenómeno perfectamente natural, inevitable." Así, "el proceso espontáneo de desarrollo deja su lugar a la actividad consciente de los hombres; el desarrollo pacífico a una subversión violenta: la evolución a la revolución".

Madiran comenta que con esta visión: "Ya no estamos regidos por una inteligencia perfecta y una voluntad infinitamente buena: estamos determinados exclusivamente por las condiciones de la vida material. Ya no hay finalidad, la contradicción de la materia estalla en el movimiento de la materia, en sí misma perfectamente contradictoria. Todas las cosas nacen de la contradicción, es decir, por destrucción; así se manifiesta la fecundidad de aquella, es decir, del no ser. Hace falta impulsar los conflictos hasta la exasperación. Cuando el hombre haya roto todos los vínculos con lo que sea, podrá moverse según la fórmula de Marx «alrededor de sí mismo, de su verdadero sol». Lo que está en el fondo de la negativa inicial del principio de contradicción: es el *non serviam*."

Pero, para el marxismo, la dialéctica es no tanto un método de conocimiento como una práctica de acción para producirlo. Si el conflicto derivado de la contradicción conduce al progreso, hay que impulsarlo, hay que provocarlo, hay que explotarlo.

"Para Marx —dice Marcel Clément— el conflicto no es la consecuencia del pecado; es la condición del progreso. No es la consecuencia del mal, es la condición del bien..." "Marx describe el mal como si fuera el bien. El principio de toda redención es el

odio fraterno." Es, podríamos decir, la explotación científica del sentimiento que motivó el pecado de Caín.

Ved el paso, por el odio, del hombre desarraigado a la masa revolucionaria, como nueva fuerza destructora de vínculos y raíces sociales. Los textos marxistas lo explican como el tránsito de la teoría dialéctica a la *praxis* consciente de la dialéctica: "estas nuevas ideas organizan y movilizan las masas, éstas se unen en un nuevo ejército político, crean un nuevo poder revolucionario del que se sirven para suprimir por la fuerza el antiguo estado de cosas".

Por lo menos se produce —como observa Madiran— "el paso de la acción para una reforma (invocada como pretexto) a la acción contra hombres, que son compatriotas, colegas, miembros de la misma sociedad, de una misma profesión; una acción tendente a «liquidarlos políticamente»; o por lo menos, a *hacer permanente e insuperable una RUPTURA DE UNIDAD en el interior de las células y de los organismos del cuerpo social*".

Pero esa *praxis* dialéctica no se realiza indiscriminadamente. Tiene una dirección; y ésta, sin perjuicio de los oportunismos del momento, se orienta en determinado sentido, que es el Partido quien lo determina.

Jean Madiran pone punto final a este inteligente estudio con un canto a la virtud de la Esperanza y una plegaria a Nuestra Señora de la Santa Esperanza.

La Conclusión del libro se titula *Un universo sin persona*, del que subraya su absurdo increíble: El pensamiento es personal, incluso en el trabajo en equipo. La decisión es personal, incluso en las situaciones intermedias o subordinadas. La responsabilidad es personal o no existe. La verdad es universal, buscada o alcanzada como tal por cada persona, o no hay verdad. El bien común es el bien común de las personas individuales o no hay bien común. No es para salvar las "almas colectivas" ni las "personas morales" que Nuestro Señor Jesucristo murió en la cruz.

Al espíritu que quiera salvaguardar o conquistar su libertad no lo conseguirá sino por el camino que le conduce al conocimiento personal de las verdades universales y de las verdades absolutas. Si no es dando, cada día, testimonio vivo y cotidiano, con la gracia de Dios, de la fortaleza, para resistir en el pensamiento y en la acción las presiones, de todo orden, anónimas, colectivas, irresponsables, que aplastan las conciencias o las colonizan.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.